

Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* del Santo Padre Juan Pablo II sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo

Presentación

Card. Eduardo Martínez Somalo

1. La Exhortación apostólica postsinodal *Vita Consecrata*, que presento sigue al Sínodo celebrado en Roma del 2 al 29 de octubre de 1994.

2. El Sínodo se ha ocupado de toda la vida consagrada que comprende diversas formas, de las más conocidas a las menos conocidas, de las órdenes más antiguas a las más recientes, de los monasterios de contemplativos y de contemplativas a los misioneros y misioneras esparcidos en los más remotos ángulos del mundo, de los institutos más visibles a los menos visibles, como los Institutos seculares, de los eremitas al orden de las vírgenes.

La realidad de la vida consagrada es variada: pensemos, por ejemplo, en la diversa floración vocación en el Norte y en el Sur del planeta, en el declinar de algunas formas y en el surgir de formas nuevas o renovadas.

El Sínodo ha querido afrontar el significado, la situación y las perspectivas de esta forma de vida caracterizada por una extraordinaria riqueza espiritual y por una inagotable inventiva apostólica; forma de vida que ha atravesado el período de renovación postconciliar en busca de modalidades más adecuadas para aplicar las directrices del Concilio, con soluciones más o menos felices, pero siempre con una extraordinaria capacidad de adaptación a las nuevas situaciones.

El Sínodo también ha querido reflexionar más hondamente sobre el lugar y las peculiaridades de la vida consagrada dentro de la mi-

sión y en la vida de la Iglesia. Y esto especialmente después de los dos sínodos precedentes dedicados a los laicos y a los presbíteros. En el último decenio se ha visto la oportunidad de profundizar y precisar mejor la especificidad o identidad de cada estado de vida, laical, presbiteral, vida consagrada, y su aportación peculiar a la vida y a la misión de la Iglesia.

Este documento llega al concluir no sólo el Sínodo de 1994, sino en cierto sentido, también los otros dos precedentes; de hecho, en más de una parte afronta la problemática de los diversos estados de vida, de su identidad y de su recíproca relación, de su complementariedad y de la peculiar contribución a la misión de la Iglesia.

Estamos en presencia de un documento que interesa no solo a una parte de la Iglesia, sino que también se refiere, aunque por motivos diversos, toda la Iglesia y, en forma no secundaria, incluso a nuestra sociedad.

3. Si queremos partir de este último aspecto, aparentemente ajeno al tema del documento, se puede observar cómo nuestra sociedad siente, en más de un sector, una triple carencia: una carencia de espiritualidad, una carencia de solidaridad y una carencia de espíritu de servicio.

La Exhortación Apostólica, eco fiel del proceso sinodal, trata de responder también, aunque no sólo, a esta triple exigencia. Podemos pues presentar las tres partes del documento como una respuesta a esta triple «nostalgia» del hombre de hoy y de las diversas sociedades. Es obvio que en la Exhortación se diga mucho más; pero para una primera presentación, como invitación a recorrerla con más calma para descubrir sus riquezas, se puede iniciar con esta triple exigencia.

a) Nuestro mundo tiene necesidad de espiritualidad

El nuestro es un mundo que ha sabido construir tantas cosas maravillosas, aumentar la producción de bienes y servicios, pero se siente espiritualmente empobrecido e interiormente árido, advierte la necesidad de un «suplemento de alma».

La primera parte del documento, tratando de la naturaleza de la vida consagrada, puede considerarse como una contribución para

dar una respuesta válida a tal necesidad inacallable. La vida consagrada es presentada como una viviente *confessio Trinitatis*, es decir, es puesta en contacto con el misterio del Dios vivo, es vista como una «huella de la Trinidad» en la historia.

La vida consagrada se explica sólo con su total dedicación al misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: su género de vida no halla otra explicación que una referencia vital a Dios considerado como el Todo capaz de llenar una existencia y de permitirle realizarse en sus aspiraciones, además de hacerla fecunda y útil para la sociedad.

La vida casta, pobre y obediente es presentada como fruto de una intensísima semejanza con el Señor Jesús, un deseo de imitación llevado hasta el punto de reproducir la forma concreta de vida elegida por El y por El abrazada cuando vino a vivir entre nosotros.

¿Existe una forma de vida más alta que la del Hijo de Dios Encarnado? Partiendo de esta constatación, la Exhortación apostólica no duda en afirmar, siguiendo a la Tradición, la excelencia de esta forma de vida, por lo menos para quienes se honran con el nombre de cristianos y tienen en Cristo el modelo supremo.

Si la espiritualidad cristiana consiste en tender a parecerse a Cristo, entonces quienes hacen de tal ideal su «profesión» principal, pueden y deben convertirse en guías espirituales también para nuestra generación. Sus casas pueden llegar a ser núcleos donde se puedan aprender las vías del Espíritu, y su presencia en medio del mundo puede y debe constituir una vigorosa llamada a la posibilidad y la belleza de la búsqueda de Dios, precisamente a partir del desierto de la ciudad secular.

Por esto el Sínodo y nuestro documento dan mucho relieve a la espiritualidad, a la responsabilidad primaria de las personas consagradas en relación a esta necesidad fundamental de Dios, necesidad frecuentemente removida o sepultada en un mar de ocupaciones y preocupaciones, mas al fin siempre emergente.

b) Nuestro mundo tiene necesidad de fraternidad y solidaridad

La mayor parte de las personas consagradas viven en comunidad, donde se cultiva la vida fraterna. Esto los hace expertos en fraternidad. Muchos de ellos se prodigan al servicio de los demás, frecuentemente con admirable dedicación.

En la segunda parte de la Exhortación apostólica se afrontan las cuestiones relacionadas con este área, precisamente porque las personas consagradas pueden ser en el mundo de hoy fermento de fraternidad. Y esto de modo concreto y bien comprensible; al mundo de hoy que desea unidad y fraternidad, pero que ha olvidado los caminos o el precio que hay que pagar para andarlo, las personas consagradas están llamadas a mostrarle ante todo que la aspiración a la fraternidad no es una utopía; y además le han de indicar con la vida y con la palabra, cuál es el derrotero por seguir y las dificultades por superar. Esto también para mantener viva en la Iglesia la conciencia de su íntima vocación de ser ante todo una familia, o, como dice el Concilio, un signo e instrumento de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí (cf. *Lumen gentium*, 1).

En esta parte se tratan las cuestiones sobre la comunión de la vida consagrada en la Iglesia universal, en la iglesia particular, entre diversos institutos y su inserción en la sociedad. Asimismo se consideran algunos puntos de particular actualidad: la relación con los laicos, la dignidad y el papel de la mujer.

Todo en una visión no solo jurídica, de relaciones reguladas por el derecho, sino en la comprensión del grande misterio de la Iglesia que se muestra fuerte en la misión cuando reina la armonía y el orden justo entre los diversos estados de vida. Con razón esta segunda parte lleva el título de «*Signum fraternitatis*, la vida consagrada, signo de comunión en la Iglesia».

c) Nuestro mundo tiene necesidad de ejemplos de servicio desinteresado

El mundo actual se caracteriza por el triunfo de la economía de mercado, que junto a otras ventajas, conlleva también el riesgo del economicismo, de la monetización de todo aspecto de la vida.

Ahora bien, esto puede constituir un nuevo paso hacia la desertificación de la realidad social y hacia la aridez del espíritu.

La tercera parte de la Exhortación Apostólica está dedicada precisamente a la misión de la vida consagrada, misión que incluso a los ojos más indiferentes aparece caracterizada las más de las veces por la entrega y el empeño desinteresados, frecuentemente en los campos más avanzados de las necesidades y de las miserias del hombre.

Servitium caritatis, la vida consagrada, epifanía del amor de Dios en el mundo: es el título claramente programático de esta amplia sección, en la cual el Santo Padre quiere presentar la misión de la vida consagrada, caracterizada no sólo por múltiples actividades, sino también por la referencia a la fuente del amor de Dios, como verdadero, secreto e insustituible motor de todo servicio.

A partir de tales servicios dirigidos a la humanidad doliente y herida, se leen los diversos desafíos que la vida consagrada ha de afrontar hoy con el realismo de la fe, necesario para no crear perspectivas ilusorias, sino más bien para sostener un renovado empuje en la misión. Sin duda esta parte será apreciada incluso por los medios de comunicación social, atentos a cuanto tiene incidencia concreta en la sociedad.

Baste recordar que los varios institutos son estimulados a medirse con los desafíos de la sociedad actual, con una fidelidad dinámica al propio carisma, es decir, cada uno según la propia especialidad y con modalidades siempre nuevas.

Se habla aquí de la educación, del cuidado de los enfermos, de los medios de comunicación social, de la predilección por los pobres y de la promoción de la justicia, de la presencia en el mundo de la cultura, del ecumenismo, del diálogo interreligioso, de la respuesta de espiritualidad a la búsqueda de lo sacro.

Se ponen de relieve tres áreas de acción: compromiso *ad gentes* para quien todavía no ha entrado en contacto con el Evangelio, la nueva evangelización para quien ha perdido los contactos con el Evangelio, el cuidado pastoral en los ámbitos acostumbrados de la vida espiritual.

Y no solo: aquí se ofrecen también indicaciones sobre cómo la vida consagrada pueda ponerse a la vanguardia de una «contracultura evangélica» en y para nuestro mundo, precisamente a partir de los consejos evangélicos, vividos por la misma vida consagrada con particular radicalidad.

Es este quizá el servicio más urgente del que hoy tiene necesidad el mundo, justamente para reanudar la vía de la reconstrucción espiritual, de la que se siente una tan gran necesidad y por la cual se advierte la necesidad sea de existencias ejemplares, sea de una cultura más profundamente impregnada de valores evangélicos, es decir, más radicada en el espíritu de las bienaventuranzas.

d) Algunas peculiaridades del documento

El tono del documento es positivo y alentador, como transido de admiración y maravilla ante el gran don que el Señor hace continuamente a su Iglesia a través de la vida consagrada. Hay páginas que suenan como un himno a las maravillas que el Señor realiza en y a través de la vida consagrada, en la cual la Iglesia ve realizada su íntima vocación de esposa sin arruga y sin mancha, totalmente dedicada a su Señor, del cual recibe todo bien, toda alegría, toda energía para darle gloria y también para humanizar nuestra sociedad.

Hay que señalar el tema de la belleza divina que está en el origen de toda vocación que hace del camino espiritual un progreso hacia las maravillas del mundo divino, del cual la vida consagrada representa un testimonio particularmente convincente. La vida consagrada no es vista sólo ni principalmente como un recorrido ascético, sino como fruto de la intuición «mística» del esplendor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo: el Padre, creador del mundo, el Hijo, que ha restaurado el mundo con su encarnación y con su misterio pasqual, el Espíritu Santo que hace sentir la fascinación irresistible de las cosas de Dios a través del tiempo.

Es fácil ver aquí un influjo de la tradición oriental, típica de los grandes Padres (piénsese sólo a Gregorio de Nisa), tradición que en el documento se fusiona con la occidental, más centrada en la escuela de Cristo que invita a imitarlo y a seguirlo en el trabajo apostólico por la difusión del Reino de Dios.

Oriente y Occidente están presentes también en las citas de los Padres de la Iglesia. De las dos tradiciones, como también de los santos fundadores y fundadoras, de los maestros de vida consagrada y de vida espiritual, varones y mujeres: también desde este punto de vista el documento ofrece una tonificante «lectura espiritual».

El entusiasmo que se observa en muchas páginas por esta forma de vida, proviene también de la convicción que la vida consagrada es un bien indispensable para toda la Iglesia, porque representa no sólo una invitación a la santidad, sino también una incitación y un sostén para todo el pueblo de Dios a vivir tal vocación a la santidad que, en definitiva, es la más profunda y verdadera de todas las vocaciones. De hecho, en la santidad se realiza el hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

Por esto el documento no se dirige sólo a las personas consagradas, sino a toda la Iglesia, a todos los que quieran tomar conciencia del misterio que rodea frecuentemente este mundo casi inaccesible de los que organizan su vida únicamente en torno a las palabras y ejemplos del Señor Jesús. Hay que recordar también que la vida consagrada se ha distinguido en estos años también por el precio pagado por su fidelidad al Señor, a la Iglesia y a los pobres, con un alto número de testimonios, donde tal fidelidad comportaba la persecución, la prisión, la marginación y ha exigido a veces el don supremo de la vida.

En tal contexto de entrega generosa y total, la Exhortación Apostólica reconoce a la vida consagrada un papel especial en la vanguardia de la misión, sobre todo en servicio y defensa de los pobres y de su dignidad.

Con eficaces expresiones la Exhortación Apostólica afirma que las personas consagradas velan *«por la imagen divina deformada en los rostros de tantos hermanos y hermanas, rostros desfigurados por el hambre, rostros desilusionados por promesas políticas; rostros humillados de quien ve despreciada su propia cultura; rostros aterrorizados por la violencia diaria e indiscriminada; rostros angustiados de menores; rostros de mujeres ofendidas y humilladas; rostros cansados de emigrantes que no encuentran digna acogida;*

rostros de ancianos sin las mínimas condiciones para una vida digna»¹.

Todo el documento está transido de gran comprensión por las diversas formas de sufrimiento humano, al cual la vida consagrada ha prestado siempre una atención y una ayuda especial, frecuentemente de vanguardia sea en la invención de nuevas formas de acción, sea en la entrega personal. Hoy la vida consagrada es llamada a afrontar también las nuevas formas de pobreza y de sufrimiento, sobre todo con su capacidad de movilización y de canalización de las energías de los laicos, que en creciente número desean participar de carismas tan preciosos para aliviar el sufrimiento humano.

La Exhortación Apostólica exige una lectura atenta: se encontrarán luces que ayudarán a comprender no sólo el mundo de las personas consagradas, sino también la fascinación escondida e irresistible que proviene del mundo divino, que ha llegado a nosotros en su más alta e insuperable manifestación en la persona del Señor Jesús, imagen del Dios invisible. Mundo del cual procedemos y al cual estamos destinados.

Precisamente porque toca tales cuestiones vitales el documento *Vita consecrata* no dejará a nadie indiferente.

¹ N.75. Cfr también IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Documento *Nueva Evangelización, promoción Humana, cultura Cristiana*, Conclusión 178, CELAM, 1992.

Extractos

Introducción

1. La vida consagrada, enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor, es un don de Dios Padre a su Iglesia por medio del Espíritu. Con la profesión de los consejos evangélicos, los rasgos característicos de Jesús virgen, pobre y obediente tienen una típica y permanente «visibilidad» en medio del mundo, y la mirada de los fieles es atraída hacia el misterio del reino de Dios que ya actúa en la historia, pero espera su plena realización en el cielo.

A lo largo de los siglos nunca han faltado hombres y mujeres que, dóciles a la llamada del Padre y a la moción del Espíritu, han elegido este camino de especial seguimiento de Cristo, para dedicarse a él con corazón «indiviso» (cf. *I Co* 7, 34). También ellos, como los Apóstoles, han dejado todo para estar con él y ponerse, como él, al servicio de Dios y de los hermanos. De este modo han contribuido a manifestar el misterio y la misión de la Iglesia con los múltiples carismas de vida espiritual y apostólica que les distribuía el Espíritu Santo, y por ello han cooperado también a renovar la sociedad.

Acción de gracias por la vida consagrada

2. El papel de la vida consagrada en la Iglesia es tan importante que decidí convocar un sínodo para profundizar en su significado y perspectivas, en vista del ya inminente nuevo milenio. Quise que en la Asamblea sinodal estuvieran también presentes, junto a los padres, numerosos consagrados y consagradas, para que no faltase su aportación a la reflexión común.

Todos somos conscientes de la riqueza que para la comunidad eclesial constituye el don de la vida consagrada en la variedad de sus carismas y de sus instituciones. Juntos damos gracias a Dios por las órdenes e institutos religiosos dedicados a la contemplación o a las obras de apostolado, por las sociedades de vida apostólica, por los institutos seculares y por otros grupos de consagrados, como

también por todos aquellos que, en el secreto de su corazón, se entregan a Dios con una especial consagración.

El Sínodo ha podido comprobar la difusión universal de la vida consagrada, presente en las Iglesias de todas las partes de la tierra. La vida consagrada anima y acompaña el desarrollo de la evangelización en las diversas regiones del mundo, donde no sólo se acogen con gratitud los institutos procedentes del exterior, sino que se constituyen otros nuevos, con gran variedad de formas y de expresiones.

De este modo, si en algunas regiones de la tierra los institutos de vida consagrada parece que atraviesan un momento de dificultad, en otras prosperan con sorprendente vigor, mostrando que la opción de total entrega a Dios en Cristo no es incompatible con la cultura y la historia de cada pueblo. Además, no florece solamente dentro de la Iglesia católica; en realidad, se encuentra particularmente viva en el monacato de las Iglesias ortodoxas, como rasgo esencial de su fisonomía, y está naciendo o resurgiendo en las Iglesias y comunidades eclesiales nacidas de la Reforma, como signo de una gracia común de los discípulos de Cristo. De esta constatación deriva un impulso al ecumenismo que alimenta el deseo de una comunión siempre más plena entre los cristianos, «para que el mundo crea» (*Jn* 17, 21).

La vida consagrada es un don a la Iglesia

3. La presencia universal de la vida consagrada y el carácter evangélico de su testimonio muestran con toda evidencia si es que fuera necesario que no es una realidad aislada y marginal, sino que abarca a toda la Iglesia. Los obispos en el Sínodo lo han confirmado muchas veces: «de re nostra agitur», «es algo que nos afecta»¹. En realidad, la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, ya que «indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana»² y la aspiración de toda

¹ Cf. *Propositio* 2.

² Conc. ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 18.

la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo³. En el Sínodo se ha afirmado en varias ocasiones que la vida consagrada no sólo ha desempeñado en el pasado un papel de ayuda y apoyo a la Iglesia, sino que es un don precioso y necesario también para el presente y el futuro del pueblo de Dios, porque pertenece íntimamente a su vida, a su santidad y a su misión⁴.

Las dificultades actuales, que no pocos institutos encuentran en algunas regiones del mundo, no deben inducir a suscitar dudas sobre el hecho de que la profesión de los consejos evangélicos sea parte integrante de la vida de la Iglesia, a la que aporta un precioso impulso hacia una mayor coherencia evangélica⁵. Podrá haber históricamente una ulterior variedad de formas, pero no cambiará la sustancia de una opción que se manifiesta en el radicalismo del don de sí mismo por amor al Señor Jesús y, en él, a cada miembro de la familia humana. Con esta certeza, que ha animado a innumerables personas a lo largo de los siglos, el pueblo cristiano continúa contando, consciente de que podrá obtener de la aportación de estas almas generosas un apoyo valiosísimo en su camino hacia la patria del cielo.

(...)

Finalidad de esta exhortación apostólica

13. Recogiendo los frutos de los trabajos sinodales, quiero dirigirme con esta exhortación apostólica a toda la Iglesia, para ofrecer no sólo a las personas consagradas, sino también a los pastores y a los fieles, los resultados de un encuentro alentador, sobre cuyo desarrollo no ha dejado de velar el Espíritu Santo con sus dones de verdad y de amor.

En estos años de renovación la vida consagrada ha atravesado, como también otras formas de vida en la Iglesia, un período delicado y duro. Ha sido un tiempo rico de esperanzas, proyectos y

³ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 44; Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelica testificatio* (29 de junio de 1971), 7: AAS 63 (1971), 501-502; Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), 69: AAS 68 (1976), 59.

⁴ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 44.

⁵ Cf. Discurso en la audiencia general (28 de septiembre de 1994), 5: *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 20 de septiembre de 1994, 3.

propuestas innovadoras encaminadas a reforzar la profesión de los consejos evangélicos. Pero ha sido también un período no exento de tensiones y pruebas, en el que experiencias, incluso siendo generosas, no siempre se han visto coronadas por resultados positivos.

Las dificultades no deben, sin embargo, inducir al desánimo. Es preciso más bien comprometerse con nuevo ímpetu, porque la Iglesia necesita la aportación espiritual y apostólica de una vida consagrada renovada y fortalecida. Con la presente exhortación postsinodal deseo dirigirme a las comunidades religiosas y a las personas consagradas con el mismo espíritu que animaba la carta dirigida por el concilio de Jerusalén a los cristianos de Antioquía, y tengo la esperanza de que se repita también hoy la misma experiencia vivida entonces: «La leyeron y se gozaron al recibir aquel aliento» (*Hch 15, 31*). No sólo esto: tengo, además, la esperanza de aumentar el gozo de todo el pueblo de Dios que, conociendo mejor la vida consagrada, podrá dar gracias más conscientemente al Omnipotente por este gran don.

En actitud de cordial apertura hacia los padres sinodales, he ido recogiendo las valiosas aportaciones surgidas durante las intensas asambleas de trabajo, en las que he querido estar constantemente presente. Durante ese período, he ofrecido a todo el pueblo de Dios algunas catequesis sistemáticas sobre la vida consagrada en la Iglesia. En ellas he presentado de nuevo las enseñanzas del concilio Vaticano II, que ha sido punto de referencia luminoso para los desarrollos doctrinales posteriores y para la misma reflexión realizada por el Sínodo durante las semanas de sus trabajos⁶.

Mientras confío en que los hijos de la Iglesia, y en particular las personas consagradas, acogerán con adhesión cordial esta exhortación, deseo que continúe la reflexión para profundizar en el gran don de la vida consagrada en su triple dimensión de la consagración, la comunión y la misión, y que los consagrados y consagradas, en plena sintonía con la Iglesia y su magisterio, encuentren así ulteriores estímulos para afrontar espiritual y apostólicamente los nuevos desafíos.

⁶ Cf. *Proposiciones* 2; 4; 6; 7; 8; 10; 12; 28; 29; 30; 35; 48.

Capítulo I

Confessio Trinitatis

En las fuentes cristológico-trinitarias de la vida consagrada

Icono de Cristo transfigurado

14. El fundamento evangélico de la vida consagrada se debe buscar en la especial relación que Jesús, en su vida terrena, estableció con algunos de sus discípulos, invitándoles no sólo a acoger el reino de Dios en la propia vida, sino también a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejando todo e imitando de cerca su forma de vida.

Tal existencia «cristiforme», propuesta a tantos bautizados a lo largo de la historia, es posible sólo desde una especial vocación y gracias a un don peculiar del Espíritu. En efecto, en ella la consagración bautismal los lleva a una respuesta radical en el seguimiento de Cristo mediante la adopción de los consejos evangélicos, el primero y esencial entre ellos es el vínculo sagrado de la castidad por el reino de los cielos⁷. Este especial «seguimiento de Cristo», en cuyo origen está siempre la iniciativa del Padre, tiene, pues, una connotación esencialmente cristológica y pneumatológica, manifestando así de modo particularmente vivo el carácter trinitario de la vida cristiana, de la que anticipa de alguna manera la realización escatológica a la que tiende toda la Iglesia⁸.

En el Evangelio son muchas las palabras y gestos de Cristo que iluminan el sentido de esta especial vocación. Sin embargo, para captar con una visión de conjunto sus rasgos esenciales, ayuda singularmente contemplar el rostro radiante de Cristo en el misterio de la Transfiguración. A este «icono» se refiere toda una antigua tradición espiritual, cuando relaciona la vida contemplativa con la oración de Jesús «en el monte»⁹. Además, a ella pueden referirse,

⁷ Cf. *ib.*, 3, A y B.

⁸ Cf. *ib.*, 3, C.

⁹ (Cf. Casiano: «Secessit tamen solus in montem orare, per hoc scilicet nos instruens suae secessionis exemplo... ut similiter secedamus» (*Conlat.* 10, 6: *PL* 49, 827); S. Jerónimo: «Et Christum quaerere in solitudine et orare solus in monte cum Iesu» (*Ep. ad Paulinum.* 58.

en cierto modo, las mismas dimensiones «activas» de la vida consagrada, ya que la Transfiguración no es sólo revelación de la gloria de Cristo, sino también preparación para afrontar la cruz. Ella implica un «subir al monte» y un «bajar del monte»: los discípulos que han gozado de la intimidad del Maestro, envueltos momentáneamente por el esplendor de la vida trinitaria y de la comunión de los santos, como arrebatados en el horizonte de la eternidad, vuelven de repente a la realidad cotidiana, donde no ven más que a «Jesús solo» en la humildad de la naturaleza humana, y son invitados a descender para vivir con él las exigencias del designio de Dios y emprender con valor el camino de la cruz.

«Y se transfiguró delante de ellos...»

15. «Seis días después, toma Jesús consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los lleva aparte, a un monte alto. Y se transfiguró delante de ellos: su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías que conversaban con él.

Tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: "Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y de la nube salía una voz que decía: "Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle". Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo. Mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó y dijo: "Levantaos, no tengáis miedo". Ellos alzaron sus ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo.

Y cuando bajaban del monte, Jesús les ordenó: "No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos"» (*Mt 17, 1-9*).

El episodio de la Transfiguración marca un momento decisivo en el ministerio de Jesús. Es un acontecimiento de revelación que consolida la fe en el corazón de los discípulos, les prepara al drama

4, 2: *PL 22, 582*); Guillermo de S. Thierry: «(Vita solitaria) ab ipso Domino familiarissime celebrata, ab eius discipulis ipso praesente concupita: cuius transfigurationis gloriam cum vidissent qui cum eo in monte sancto erant, continuo Petrus... optimum sibi iudicavit in

de la cruz y anticipa la gloria de la resurrección. Este misterio es vivido continuamente por la Iglesia, pueblo en camino hacia el encuentro escatológico con su Señor. Como los tres apóstoles escogidos, la Iglesia contempla el rostro transfigurado de Cristo, para confirmarse en la fe y no desfallecer ante su rostro desfigurado en la cruz. En un caso y en otro, ella es la Esposa ante el Esposo, partícipe de su misterio y envuelta por su luz.

Esta luz llega a todos sus hijos, todos igualmente llamados a seguir a Cristo poniendo en él el sentido último de la propia vida, hasta poder decir con el Apóstol: «Para mí la vida es Cristo» (*Flp* 1, 21). Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado es, ciertamente, la que tienen los llamados a la vida consagrada. En efecto, la profesión de los consejos evangélicos los presenta como signo y profecía para la comunidad de los hermanos y para el mundo; encuentran, pues, en ellos particular resonancia las palabras extasiadas de Pedro: «Bueno es estarnos aquí» (*Mt* 17, 4). Estas palabras muestran la orientación cristocéntrica de toda la vida cristiana. Sin embargo, expresan con particular elocuencia el carácter absoluto que constituye el dinamismo profundo de la vocación a la vida consagrada: ¡qué hermoso es estar contigo, dedicarnos a ti, concentrar de modo exclusivo nuestra existencia en ti! En efecto, quien ha recibido la gracia de esta especial comunión de amor con Cristo, se siente como seducido por su fulgor: él es «el más hermoso de los hijos de Adán» (*Sal* 45/44, 3), el Incomparable.

«Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle»

16. A los tres discípulos extasiados se dirige la llamada del Padre a ponerse a la escucha de Cristo, a depositar en él toda confianza, a hacer de él el centro de la vida. En la palabra que viene de lo alto adquiere nueva profundidad la invitación con la que Jesús mismo, al inicio de la vida pública, les había llamado a su seguimiento, sacándolos de su vida ordinaria y acogiéndolos en su intimidad. Precisamente de esta especial gracia de intimidad surge, en la vida consagrada, la posibilidad y la exigencia de la entrega total de sí mismo en la profesión de los consejos evangélicos. Éstos, antes que una renuncia, son una específica acogida del misterio de Cristo, vivida en la Iglesia.

En efecto, en la unidad de la vida cristiana las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo, «que resplandece sobre el rostro de la Iglesia»¹⁰. Los laicos, en virtud del carácter secular de su vocación, reflejan el misterio del Verbo encarnado en cuanto Alfa y Omega del mundo, fundamento y medida del valor de todas las cosas creadas. Los ministros sagrados, por su parte, son imágenes vivas de Cristo cabeza y pastor, que guía a su pueblo en el tiempo del «ya, pero todavía no», a la espera de su venida en la gloria. A la vida consagrada se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano. Por tanto, en la vida consagrada no se trata sólo de seguir a Cristo con todo el corazón, amándolo «más que al padre o a la madre, más que al hijo o a la hija» (cf. *Mt* 10, 37), como se pide a todo discípulo, sino de vivirlo y expresarlo con la adhesión «conformadora» con Cristo de toda la existencia, en una tensión global que anticipa, en la medida de lo posible en el tiempo y según los diversos carismas, la perfección escatológica.

En efecto, mediante la profesión de los consejos evangélicos la persona consagrada no sólo hace de Cristo el centro de la propia vida, sino que se preocupa de reproducir en sí mismo, en cuanto es posible, «aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo»¹¹. Abrazando la virginidad, hace suyo el amor virginal de Cristo y lo confiesa al mundo como Hijo unigénito, uno con el Padre (cf. *Jn* 10, 30; 14, 11); imitando su pobreza, lo confiesa como Hijo que todo lo recibe del Padre y todo lo devuelve en el amor (cf. *Jn* 17, 7.10); adhiriéndose, con el sacrificio de la propia libertad, al misterio de la obediencia filial, lo confiesa infinitamente amado y amante, como Aquel que se complace sólo en la voluntad del Padre (cf. *Jn* 4, 34), al que está perfectamente unido y del que depende en todo.

Con tal identificación «conformadora» con el misterio de Cristo, la vida consagrada realiza por un título especial aquella *confessio Trinitatis* que caracteriza toda la vida cristiana, reconociendo con admiración la sublime belleza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo

¹⁰ Conc. ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

¹¹ *Ib.*, 44

y testimoniando con alegría su amorosa condescendencia hacia cada ser humano.

I. Para alabanza de la Trinidad

A Patre ad Patrem: la iniciativa de Dios

17. La contemplación de la gloria del Señor Jesús en el icono de la Transfiguración revela a las personas consagradas ante todo al Padre, creador y dador de todo bien, que atrae a sí (cf. *Jn* 6, 44) una criatura suya con un amor especial para una misión especial. «Éste es mi Hijo amado: escuchadle» (*Mt* 17, 5). Respondiendo a esta invitación acompañada de una atracción interior, la persona llamada se confía al amor de Dios que la quiere a su exclusivo servicio, y se consagra totalmente a él y a su designio de salvación (cf. *1 Co* 7, 32-34).

Éste es el sentido de la vocación a la vida consagrada: una iniciativa enteramente del Padre (cf. *Jn* 15, 16), que exige de aquellos que ha elegido la respuesta de una entrega total y exclusiva¹². La experiencia de este amor gratuito de Dios es hasta tal punto íntima y fuerte que la persona experimenta que debe responder con la entrega incondicional de su vida, consagrandolo todo, presente y futuro, en sus manos. Precisamente por esto, siguiendo a santo Tomás, se puede comprender la identidad de la persona consagrada a partir de la totalidad de su entrega, equiparable a un auténtico holocausto¹³.

Per Filium: siguiendo a Cristo

18. El Hijo, camino que conduce al Padre (cf. *Jn* 14, 6), llama a todos los que el Padre le ha dado (cf. *Jn* 17, 9) a un seguimiento que orienta su existencia. Pero a algunos precisamente las personas consagradas pide un compromiso total, que conlleva el abandono de

¹² Cf. Congregación para los religiosos y los institutos seculares, *Instr. Essential elements in the Church's teaching on religious life as applied to institutes dedicated to works of the apostolate* (31 de mayo de 1983), 5: Ench. Vat., 9, 184.

¹³ Cf. *Summa Theologiae*, II-II, q. 186, a. 1.

todas las cosas (cf. *Mt* 19, 27) para vivir en intimidad con él¹⁴ y seguirlo adonde vaya (cf. *Ap* 14, 4).

En la mirada de Cristo (cf. *Mc* 10, 21), «imagen de Dios invisible» (*Col* 1, 15), resplandor de la gloria del Padre (cf. *Hb* 1, 3), se percibe la profundidad de un amor eterno e infinito que toca las raíces del ser¹⁵. La persona que se deja seducir por él tiene que abandonar todo y seguirlo (cf. *Mc* 1, 16-20; 2, 14; 10, 21.28). Como Pablo, considera que todo lo demás es «pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús», ante el cual no duda en tener todas las cosas «por basura para ganar a Cristo» (*Flp* 3, 8). Su aspiración es identificarse con él, asumiendo sus sentimientos y su forma de vida. Este dejarlo todo y seguir al Señor (cf. *Lc* 18, 28) es un programa válido para todas las personas llamadas y para todos los tiempos.

Los consejos evangélicos, con los que Cristo invita a algunos a compartir su experiencia de virgen, pobre y obediente, exigen y manifiestan, en quien los acoge, el deseo explícito de una total conformación con él. Viviendo «en obediencia, sin nada propio y en castidad»¹⁶, los consagrados confiesan que Jesús es el Modelo en el que cada virtud alcanza la perfección. En efecto, su forma de vida casta, pobre y obediente, aparece como el modo más radical de vivir el Evangelio en esta tierra, un modo se puede decir divino, porque es abrazado por él, Hombre-Dios, como expresión de su relación de Hijo unigénito con el Padre y con el Espíritu Santo. Éste es el motivo por el que en la tradición cristiana se ha hablado siempre de la excelencia objetiva de la vida consagrada.

No se puede negar, además, que la práctica de los consejos evangélicos es un modo particularmente íntimo y fecundo de participar también en la misión de Cristo, siguiendo el ejemplo de María de Nazaret, primera discípula, la cual aceptó ponerse al servicio del plan divino en la donación total de sí misma.

¹⁴ Cf. *Propositio* 16.

¹⁵ Cf. Exhort. ap. *Redemptionis donum* (25 de marzo de 1984), 3: AAS 76 (1984), 515-517.

¹⁶ S. Francisco de Asís, *Regula bullata*, I, 1.

Toda misión comienza con la misma actitud manifestada por María en la anunciación: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

In Spiritu: consagrados por el Espíritu Santo

19. «Una nube luminosa los cubrió con su sombra» (Mt 17, 5). Una significativa interpretación espiritual de la Transfiguración ve en esta nube la imagen del Espíritu Santo¹⁷.

Como toda la existencia cristiana, la llamada a la vida consagrada está también en íntima relación con la obra del Espíritu Santo. Es él quien, a lo largo de los milenios, acerca siempre nuevas personas a percibir el atractivo de una opción tan comprometida. Bajo su acción reviven, en cierto modo, la experiencia del profeta Jeremías: «Me has seducido, Señor, y me dejé seducir» (20, 7). Es el Espíritu quien suscita el deseo de una respuesta plena; es él quien guía el crecimiento de tal deseo, llevando a su madurez la respuesta positiva y sosteniendo después su fiel realización; es él quien forma y plasma el ánimo de los llamados, configurándolos a Cristo casto, pobre y obediente, y moviéndolos a acoger como propia su misión. Dejándose guiar por el Espíritu en un incesante camino de purificación, llegan a ser, día tras día, personas cristiformes, prolongación, en la historia, de una especial presencia del Señor resucitado.

Con intuición profunda, los Padres de la Iglesia han calificado este camino espiritual como filocalia, es decir, amor por la belleza divina, que es irradiación de la divina bondad. La persona que por el poder del Espíritu Santo es conducida progresivamente a la plena configuración con Cristo refleja en sí misma un rayo de la luz inaccesible y en su peregrinar terreno camina hacia la Fuente inagotable de la luz. De este modo la vida consagrada es una expresión particularmente profunda de la Iglesia Esposa, la cual, conducida por el Espíritu a reproducir en sí los rasgos del Esposo, se presenta ante él resplandeciente, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada (cf. Ef 5, 27).

¹⁷ «Tota Trinitas apparuit: Pater in voce; Filius in homine; Spiritus in nube clara»: S.

El Espíritu mismo, además, lejos de separar de la historia de los hombres las personas que el Padre ha llamado, las pone al servicio de los hermanos según las modalidades propias de su estado de vida, y las orienta a desarrollar tareas particulares, de acuerdo con las necesidades de la Iglesia y del mundo, por medio de los carismas particulares de cada instituto. De aquí surgen las múltiples formas de vida consagrada, mediante las cuales la Iglesia «aparece también adornada con los diversos dones de sus hijos, como una esposa que se ha arreglado para su esposo (cf. *Ap* 21, 2)»¹⁸ y es enriquecida con todos los medios para desarrollar su misión en el mundo.

(...)

Capítulo II

Signum fraternitatis

La vida consagrada signo de comunión en la Iglesia

I. Valores permanentes

A imagen de la Trinidad

41. Durante su vida terrena, Jesús llamó a quienes él quiso, para tenerlos junto a sí y para enseñarles a vivir según su ejemplo, para el Padre y para la misión que el Padre le había encomendado (cf. *Mc* 3, 13-15). Inauguraba de este modo una nueva familia de la cual habrían de formar parte a través de los siglos todos aquellos que estuvieran dispuestos a «cumplir la voluntad de Dios» (cf. *Mc* 3, 32-35). Después de la Ascensión, gracias al don del Espíritu, se constituyó en torno a los Apóstoles una comunidad fraterna, unida en la alabanza a Dios y en una concreta experiencia de comunión (cf. *Hch* 2, 42-47; 4, 32-35). La vida de esta comunidad y, sobre todo, la experiencia de la plena participación en el misterio de Cristo vivida por los Doce, han sido el modelo en el que la Iglesia se ha inspirado siempre que ha querido revivir el fervor de los

¹⁸ Conc. ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, sobre la adecuada renovación de la vida

orígenes y reanudar su camino en la historia con un renovado vigor evangélico¹⁹.

En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, «muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»²⁰. La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas. Los ámbitos y las modalidades en que se manifiesta la comunión fraterna en la vida eclesial son muchos. La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a ésta conducen. Las personas consagradas, en efecto, viven «para» Dios y «de» Dios. Por eso precisamente pueden proclamar el poder reconciliador de la gracia, que destruye las fuerzas disgregadoras que se encuentran en el corazón humano y en las relaciones sociales.

Vida fraterna en el amor

42. La vida fraterna, entendida como vida compartida en el amor, es un signo elocuente de la comunión eclesial. Es cultivada con especial esmero por los institutos religiosos y las sociedades de vida apostólica, en los que la vida de comunidad adquiere un peculiar significado²¹. Pero la dimensión de la comunión fraterna no falta ni en los institutos seculares ni en las mismas formas individuales de vida consagrada. Los eremitas, en lo recóndito de su soledad, no se apartan de la comunión eclesial, sino que la sirven con su propio y específico carisma contemplativo; las vírgenes consagradas en el

¹⁹ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, 15; S. Agustín, *Regula ad servos Dei*, 1, 1: PL 32, 1372.

²⁰ S. Cipriano, *De Oratione Dominica*, 23: PL 4, 553; cf. Conc. ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4.

²¹ Cf. *Propositio* 20.

mundo realizan su consagración en una especial relación de comunión con la Iglesia particular y universal, como lo hacen, de un modo similar, las viudas y viudos consagrados.

Todas estas personas, queriendo poner en práctica la condición evangélica de discípulos, se comprometen a vivir el «mandamiento nuevo» del Señor, amándose unos a otros como él nos ha amado (cf. *Jn* 13, 34). El amor llevó a Cristo a la entrega de sí mismo hasta el sacrificio supremo de la cruz. De modo parecido, entre sus discípulos no hay unidad verdadera sin este amor recíproco incondicional, que exige disponibilidad para el servicio sin reservas, prontitud para acoger al otro tal como es sin «juzgarlo» (cf. *Mt* 7, 1-2), capacidad de perdonar hasta «setenta veces siete» (*Mt* 18, 22). Para las personas consagradas, que se han hecho «un corazón solo y una sola alma» (*Hch* 4, 32) por el don del Espíritu Santo derramado en los corazones (cf. *Rm* 5, 5), resulta una exigencia interior el poner todo en común: bienes materiales y experiencias espirituales, talentos e inspiraciones, ideales apostólicos y servicios de caridad. «En la vida comunitaria, la energía del Espíritu que hay en uno pasa simultáneamente a todos. Aquí no solamente se disfruta del propio don, sino que se multiplica al hacer a los otros partícipes de él, y se goza del fruto de los dones del otro como si fuera del propio»²².

En la vida de comunidad, además, debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. *Mt* 18, 20) (90). Esto sucede merced al amor recíproco de cuantos forman la comunidad, un amor alimentado por la Palabra y la Eucaristía, purificado en el sacramento de la reconciliación, sostenido por la súplica de la unidad, don especial del Espíritu para aquellos que se ponen a la escucha obediente del Evangelio. Es precisamente él, el Espíritu, quien introduce el alma en la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (cf. *I Jn* 1, 3), comunión en la que está la fuente de la vida fraterna. El Espíritu es quien guía las comunidades de vida consagrada en el cumplimiento de su misión de servicio a la Iglesia y a la humanidad entera, según la propia inspiración.

En esta perspectiva tienen particular importancia los «capítulos» (o reuniones análogas), sean particulares o generales, en los que

²² S. Basilio, *Las reglas más amplias*, *Interrog*, 7, PG 31, 931.

cada instituto debe elegir los superiores o superioras según las normas establecidas en las propias Constituciones, y discernir a la luz del Espíritu el modo adecuado de mantener y actualizar el propio carisma y el propio patrimonio espiritual en las diversas situaciones históricas y culturales²³.

La misión de la autoridad

43. En la vida consagrada ha tenido siempre una gran importancia la función de los superiores y de las superioras, incluidos los locales, tanto para la vida espiritual como para la misión. En estos años de búsqueda y de transformaciones, se ha sentido a veces la necesidad de revisar este cargo. Pero es preciso reconocer que quien ejerce la autoridad no puede abdicar de su cometido de primer responsable de la comunidad, como guía de los hermanos y hermanas en el camino espiritual y apostólico.

En ambientes marcados fuertemente por el individualismo, no resulta fácil reconocer y acoger la función que la autoridad desempeña para provecho de todos. Pero se debe reafirmar la importancia de este cargo, que resulta necesario precisamente para consolidar la comunión fraterna y para que no sea vana la obediencia profesada.

Si bien es cierto que la autoridad debe ser ante todo fraterna y espiritual, y que quien la ejerce debe consecuentemente saber involucrar mediante el diálogo a los hermanos y hermanas en el proceso de decisión, conviene recordar, sin embargo, que la última palabra corresponde a la autoridad, a la cual compete también hacer respetar las decisiones tomadas²⁴.

(...)

²³ Cf. Congregación para los religiosos y los institutos seculares, Instr. *Essential elements in the Church's teaching on religious life as applied to institutes dedicated to works of the apostolate* (31 de mayo de 1983), 51; Ench. Vat. 9, 235-237; Código de derecho canónico, c. 631 1; Código de los cánones de las Iglesias orientales, c. 512 1.

²⁴ Cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Instr. *La vida fraterna en comunidad* «Congregavit nos in unum Christi amor» (2 de febrero de 1994), 47-53; Ciudad del Vaticano 1994, 43-47; Código de derecho canónico, c. 618; *Regaritis* 10.

III. Mirando hacia el futuro

Las exigencias de la formación inicial

65. La Asamblea sinodal ha reservado una atención especial a la formación de quienes aspiran a consagrarse al Señor²⁵, reconociendo su decisiva importancia. El objetivo central del proceso de formación es la preparación de la persona para la consagración total de sí misma a Dios en el seguimiento de Cristo, al servicio de la misión. Decir «sí» a la llamada del Señor, asumiendo personalmente el dinamismo del crecimiento vocacional, es responsabilidad inalienable de cada llamado, el cual debe abrir toda su vida a la acción del Espíritu Santo; es recorrer con generosidad el camino formativo, acogiendo con fe las ayudas que el Señor y la Iglesia le ofrecen²⁶.

La formación, por tanto, debe abarcar la persona entera, de tal modo que toda actitud y todo comportamiento manifiesten la plena y gozosa pertenencia a Dios, tanto en los momentos importantes como en las circunstancias ordinarias de la vida cotidiana²⁷. Desde el momento que el fin de la vida consagrada consiste en la conformación con el Señor Jesús y con su total oblación²⁸, a esto se debe orientar ante todo la formación. Se trata de un itinerario de progresiva asimilación de los sentimientos de Cristo hacia el Padre.

Siendo éste el objetivo de la vida consagrada, el método para prepararse a ella deberá contener y expresar la característica de la totalidad. Deberá ser formación de toda la persona²⁹, en cada aspecto de su individualidad, en las intenciones y en los gestos exteriores. Precisamente por su propósito de transformar toda la persona, la exigencia de la formación no acaba nunca. En efecto, es necesario que a las personas consagradas se les proporcione hasta el

²⁵ Cf. *Propositio* 49, A.

²⁶ Cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Instr. *Potissimum institutioni* (2 de febrero de 1990), 29: AAS 82 (1990), 493.

²⁷ Cf. *Propositio* 49, B.

²⁸ Cf. Congregación para los religiosos y los institutos seculares, Instr. *Essential elements in the Church's teaching on religious life as applied to institutes dedicated to works of the apostolate* (31 de mayo de 1983), 45: Ench. Vat. 9, 229.

²⁹ Cf. *Propositio* 49, C.

fin la oportunidad de crecer en la adhesión al carisma y a la misión del propio instituto.

Para que sea total, la formación debe abarcar todos los ámbitos de la vida cristiana y de la vida consagrada. Se ha de prever, por tanto, una preparación humana, cultural, espiritual y pastoral, poniendo sumo cuidado en facilitar la integración armónica de los diferentes aspectos. A la formación inicial, entendida como un proceso evolutivo que pasa por los diversos grados de la maduración personal desde el psicológico y espiritual al teológico y pastoral, se debe reservar un amplio espacio de tiempo. En el caso de las vocaciones al presbiterado, viene a coincidir y a armonizarse con un programa específico de estudios, como parte de un itinerario formativo más extenso.

El papel de los formadores y formadoras

66. Dios Padre, en el don continuo de Cristo y del Espíritu, es el formador por excelencia de quien se consagra a él. Pero en esta obra él se sirve de la mediación humana, poniendo al lado de los que él llama algunos hermanos y hermanas mayores. La formación es, pues, una participación en la acción del Padre que, mediante el Espíritu, infunde en el corazón de los jóvenes y de las jóvenes los sentimientos del Hijo. Los formadores y las formadoras deben ser, por tanto, personas expertas en los caminos que llevan a Dios, para poder ser así capaces de acompañar a otros en este recorrido. Atentos a la acción de la gracia, deben indicar aquellos obstáculos que a veces no resultan tan evidentes, pero, sobre todo, mostrarán la belleza del seguimiento del Señor y el valor del carisma en que éste se concretiza. A las luces de la sabiduría espiritual añadirán también aquellas que provienen de los instrumentos humanos que pueden servir de ayuda, tanto en el discernimiento vocacional, como en la formación del hombre nuevo auténticamente libre. El principal instrumento de formación es el coloquio personal, que ha de tenerse con regularidad y cierta frecuencia, y que constituye una práctica de comprobada e insustituible eficacia.

De cara a tareas tan delicadas, resulta verdaderamente importante la preparación de formadores idóneos, que aseguren en su servicio una gran sintonía con el camino seguido por toda la Iglesia. Será conveniente crear estructuras adecuadas para la formación de los

formadores, posiblemente en lugares que permitan el contacto con la cultura en la que se ejercerá después el propio servicio pastoral. En esta obra formativa, los institutos más arraigados ayuden a los de fundación más reciente, mediante la aportación de algunos de sus mejores miembros³⁰.

Una formación comunitaria y apostólica

67. Puesto que la formación debe ser también comunitaria, su lugar privilegiado, para los institutos de vida religiosa y las sociedades de vida apostólica, es la comunidad. En ella se realiza la iniciación en la fatiga y en el gozo de la convivencia. En la fraternidad cada uno aprende a vivir con quien Dios ha puesto a su lado, aceptando tanto sus cualidades positivas como sus diversidades y sus límites. Aprende especialmente a compartir los dones recibidos para la edificación de todos, puesto que «a cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Co 12, 7)³¹.

Al mismo tiempo, la vida comunitaria, ya desde la primera formación, debe mostrar la dimensión intrínsecamente misionera de la consagración. Por ello, en los institutos de vida consagrada será útil introducir, durante el período de formación inicial y con el prudente acompañamiento del formador o formadora, experiencias concretas que permitan ejercitar, en diálogo con la cultura circundante, las aptitudes apostólicas, la capacidad de adaptación y el espíritu de iniciativa.

Si de una parte es importante que la persona consagrada se forme de modo progresivo una conciencia evangélicamente crítica respecto a los valores y antivalores de la cultura, tanto de la suya propia como de la que encontrará en el futuro campo de trabajo, de otra debe ejercitarse en el difícil arte de la unidad de vida, de la mutua compenetración de la caridad hacia Dios y hacia los hermanos y hermanas, haciendo propia la experiencia de que la oración es el alma del apostolado, pero también de que el apostolado vivifica y estimula la oración.

³⁰ Cf. *Propositio* 50.

³¹ Cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Instr. *La vida fraterna en comunidad* «Congregavit nos in unum Christi amor» (2 de febrero de 1994), 32-33. Cfr. *La vida fraterna en comunidad*, 1994, 20.

Necesidad de una «ratio» completa y actualizada

68. Se recomienda también a los institutos femeninos y a los masculinos, por lo que se refiere a los religiosos hermanos, un período explícitamente formativo, que se prolongue hasta la profesión perpetua. Esto vale substancialmente también para las comunidades claustrales, que han de elaborar un programa adecuado para lograr una auténtica formación para la vida contemplativa y su peculiar misión en la Iglesia.

Los padres sinodales han invitado vivamente a todos los institutos de vida consagrada y a las sociedades de vida apostólica a elaborar cuanto antes una *ratio institutionis*, es decir, un proyecto de formación inspirado en el carisma institucional, en el cual se presente de manera clara y dinámica el camino a seguir para asimilar plenamente la espiritualidad del propio instituto. La *ratio* responde hoy a una verdadera urgencia: de un lado indica el modo de transmitir el espíritu del instituto, para que sea vivido en su autenticidad por las nuevas generaciones, en la diversidad de las culturas y de las situaciones geográficas; de otro, muestra a las personas consagradas los medios para vivir el mismo espíritu en las varias fases de la existencia, progresando hacia la plena madurez de la fe en Cristo.

Si bien es cierto que la renovación de la vida consagrada depende principalmente de la formación, también es verdad que ésta, a su vez, está unida a la capacidad de proponer un método rico de sabiduría espiritual y pedagógica, que conduzca de manera progresiva a quienes desean consagrarse a asumir los sentimientos de Cristo, el Señor. La formación es un proceso vital a través del cual la persona se convierte al Verbo de Dios desde lo más profundo de su ser y, al mismo tiempo, aprende el arte de buscar los signos de Dios en las realidades del mundo.

En una época de creciente marginación de los valores religiosos por parte de la cultura, este aspecto de la formación resulta doblemente importante: gracias a él la persona consagrada no sólo puede seguir «viendo» con los ojos de la fe a Dios en un mundo que ignora su presencia, sino que consigue incluso hacer «sensible» en cierto modo su presencia mediante el testimonio del propio carisma.

La formación permanente

69. La formación permanente, tanto para los institutos de vida apostólica como para los de vida contemplativa, es una exigencia intrínseca de la consagración religiosa. El proceso formativo, como se ha dicho, no se reduce a la fase inicial, puesto que, por la limitación humana, la persona consagrada no podrá jamás suponer que ha completado la gestación de aquel hombre nuevo que experimenta dentro de sí, ni de poseer en cada circunstancia de la vida los mismos sentimientos de Cristo. La formación inicial, por tanto, debe engarzarse con la formación permanente, creando en el sujeto la disponibilidad para dejarse formar cada uno de los días de su vida³².

Es muy importante, por tanto, que cada instituto incluya, como parte de la *ratio institutionis*, la definición de un proyecto de formación permanente lo más preciso y sistemático posible, cuyo objetivo primario sea el de acompañar a cada persona consagrada con un programa que abarque toda su existencia. Ninguno puede estar exento de aplicarse al propio crecimiento humano y religioso; como nadie puede tampoco presumir de sí mismo y llevar su vida con autosuficiencia. Ninguna fase de la vida puede ser considerada tan segura y fervorosa como para excluir toda oportunidad de ser asistida y poder de este modo tener mayores garantías de perseverancia en la fidelidad, ni existe edad alguna en la que se pueda dar por concluida la completa madurez de la persona.

En un dinamismo de fidelidad

70. Hay una juventud de espíritu que permanece en el tiempo y que tiene que ver con el hecho de que el individuo busca y encuentra en cada ciclo vital un cometido diverso que realizar, un modo específico de ser, de servir y de amar³³.

En la vida consagrada, los primeros años de plena inserción en la actividad apostólica representan una fase por sí misma crítica,

³² Cf. *Propositio* 51.

³³ Cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Instr. *La vida fraterna en comunidad* «Congregavit nos in unum Christi amor»

marcada por el paso de una vida guiada y tutelada a una situación de plena responsabilidad operativa. Es importante que las personas consagradas jóvenes sean alentadas y acompañadas por un hermano o una hermana que les ayuden a vivir con plenitud la juventud de su amor y de su entusiasmo por Cristo.

La fase sucesiva puede presentar el riesgo de la rutina y la consiguiente tentación de la desilusión por la escasez de los resultados. Es necesario, pues, ayudar a las personas consagradas de media edad a revisar, a la luz del Evangelio y de la inspiración carismática, su opción originaria, y a no confundir la totalidad de la entrega con la totalidad del resultado. Esto permitirá dar nuevo empuje y nuevas motivaciones a la decisión tomada en su día. Es la época de la búsqueda de lo esencial.

En la fase de la edad madura, junto con el crecimiento personal, puede presentarse el peligro de un cierto individualismo, acompañado a veces del temor de no estar adecuados a los tiempos, o de fenómenos de rigidez, de cerrazón o de relajación. La formación permanente tiene en este caso la función de ayudar no sólo a recuperar un tono más alto de vida espiritual y apostólica, sino también a descubrir la peculiaridad de esta fase existencial. En efecto, en ella, una vez purificados algunos aspectos de la personalidad, el ofrecimiento de sí se eleva a Dios con mayor pureza y generosidad, y revierte en los hermanos y hermanas de manera más sosegada y discreta, a la vez que más transparente y rica de gracia. Es el don y la experiencia de la paternidad y maternidad espiritual.

La edad avanzada presenta problemas nuevos, que se han de afrontar previamente con un esmerado programa de apoyo espiritual. El progresivo alejamiento de la actividad, la enfermedad en algunos casos o la inactividad forzosa, son una experiencia que puede ser altamente formativa. Aunque sea un momento frecuentemente doloroso, ofrece sin embargo a la persona consagrada anciana la oportunidad de dejarse plasmar por la experiencia pas-cual³⁴, conformándose a Cristo crucificado que cumple en todo la voluntad del Padre y se abandona en sus manos hasta encomendarle el espíritu. Éste es un nuevo modo de vivir la consagración, que no

³⁴ Cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Instr. *Potissimum institutioni* (2 de febrero de 1990), 70: AAS 82 (1990), 513-514.

está vinculado a la eficiencia propia de una tarea de gobierno o de un trabajo apostólico.

Cuando al fin llega el momento de unirse a la hora suprema de la pasión del Señor, la persona consagrada sabe que el Padre está llevando a cumplimiento en ella el misterioso proceso de formación iniciado tiempo atrás. La muerte será entonces esperada y preparada como acto de amor supremo y de entrega total de sí mismo.

Es necesario añadir que, independientemente de las varias etapas de la vida, cada edad puede pasar por situaciones críticas bien a causa de diversos factores externos cambio de lugar o de oficio, dificultad en el trabajo o fracaso apostólico, incomprensión, marginación, etc., bien por motivos más estrictamente personales, como la enfermedad física o psíquica, la aridez espiritual, lutos, problemas de relaciones interpersonales, fuertes tentaciones, crisis de fe o de identidad, sensación de insignificancia, u otros semejantes. Cuando la fidelidad resulta más difícil, es preciso ofrecer a la persona el auxilio de una mayor confianza y un amor más grande, tanto a nivel personal como comunitario. Se hace necesaria, sobre todo en estos momentos, la cercanía afectuosa del superior; mucho consuelo y aliento viene también de la ayuda cualificada de un hermano o hermana, cuya disponibilidad y premura facilitarán un redescubrimiento del sentido de la alianza que Dios ha sido el primero en establecer y que no dejará de cumplir. La persona que se encuentra en un momento de prueba logrará de este modo acoger la purificación y el anonadamiento como aspectos esenciales del seguimiento de Cristo crucificado. La prueba misma se revelará como un instrumento providencial de formación en las manos del Padre, como lucha no sólo psicológica, entablada por el yo en relación consigo mismo y sus debilidades, sino también religiosa, marcada cada día por la presencia de Dios y por la fuerza poderosa de la cruz.

Dimensiones de la formación permanente

71. Puesto que el sujeto de la formación es la persona en cada fase de la vida, el término de la formación es la totalidad del ser humano, llamado a buscar y amar a Dios «con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas» (*Dt* 6, 5) y al prójimo como a sí mismo (cf. *Lv* 19, 18; *Mt* 22, 37-39). El amor a Dios y a los

hermanos es un dinamismo vigoroso que puede inspirar constantemente el camino de crecimiento y de fidelidad.

La vida en el Espíritu tiene obviamente la primacía: en ella la persona consagrada encuentra su identidad y experimenta una serenidad profunda, crece en la atención a las insinuaciones cotidianas de la palabra de Dios y se deja guiar por la inspiración originaria del propio instituto. Bajo la acción del Espíritu se defienden con denuedo los tiempos de oración, de silencio, de soledad, y se implora de lo Alto el don de la sabiduría en las fatigas diarias (cf. *Sb* 9, 10).

La dimensión humana y fraterna exige el conocimiento de sí mismo y de los propios límites, para obtener el estímulo necesario y el apoyo en el camino hacia la plena liberación. En el contexto actual revisten una particular importancia la libertad interior de la persona consagrada, su integración afectiva, la capacidad de comunicarse con todos, especialmente en la propia comunidad, la serenidad de espíritu y la sensibilidad hacia aquellos que sufren, el amor por la verdad y la coherencia efectiva entre el decir y el hacer.

La dimensión apostólica abre la mente y el corazón de la persona consagrada, disponiéndola para el esfuerzo continuo de la acción, como signo del amor de Cristo que la premia (cf. *2 Co* 5, 14). Esto significa, en la práctica, la actualización de los métodos y de los objetivos de las actividades apostólicas, con fidelidad al espíritu y al fin pretendido por el fundador o fundadora, y a las tradiciones maduradas sucesivamente, teniendo en cuenta las condiciones cambiantes de la historia y la cultura, general o local, y del ambiente en que se actúa.

La dimensión cultural y profesional, fundada en una sólida formación teológica que capacite al discernimiento, implica una actualización continua y una particular atención a los diversos campos a los que se orienta cada uno de los carismas. Es necesario por tanto mantener una mentalidad lo más flexible y abierta posible, para que el servicio sea comprendido y desempeñado según las exigencias del propio tiempo, sirviéndose de los instrumentos ofrecidos por el progreso cultural.

En la dimensión del carisma convergen, finalmente, todos los demás aspectos, como en una síntesis que requiere una reflexión

continua sobre la propia consagración en sus diversas vertientes, tanto la apostólica, como la ascética y mística. Esto exige de cada miembro el estudio asiduo del espíritu del instituto al que pertenece, de su historia y su misión, con el fin de mejorar así la asimilación personal y comunitaria³⁵.

Capítulo III

Servitium caritatis

Las vida consagrada epifanía del amor de Dios en el mundo

Consagrados para la misión

72. A imagen de Jesús, el Hijo predilecto «a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo» (*Jn* 10, 36), también aquellos a quienes Dios llama para que le sigan son consagrados y enviados al mundo para imitar su ejemplo y continuar su misión. Esto vale fundamentalmente para todo discípulo. Pero es válido en especial para cuantos son llamados a seguir a Cristo «más de cerca» en la forma característica de la vida consagrada, haciendo de él el «todo» de su existencia. En su llamada está incluida, por tanto, la tarea de dedicarse totalmente a la misión; más aún, la misma vida consagrada, bajo la acción del Espíritu Santo, que es la fuente de toda vocación y de todo carisma, se hace misión, como lo ha sido la vida entera de Jesús. La profesión de los consejos evangélicos, al hacer a la persona totalmente libre para la causa del Evangelio, muestra también la trascendencia que tiene para la misión. Se debe, pues, afirmar que la misión es esencial para cada instituto, no solamente en los de vida apostólica activa, sino también en los de vida contemplativa.

En efecto, antes que en las obras exteriores, la misión se lleva a cabo en el hacer presente a Cristo en el mundo mediante el testimonio personal. ¡Éste es el reto, éste es el quehacer principal de la vida consagrada! Cuanto más se deja conformar a Cristo, más lo hace presente y operante en el mundo para la salvación de los hombres.

Se puede decir, por tanto, que la persona consagrada está «en misión» en virtud de su misma consagración, manifestada según el proyecto del propio instituto. Es obvio que, cuando el carisma fundacional contempla actividades pastorales, el testimonio de vida y las obras de apostolado o de promoción humana son igualmente necesarias: ambas representan a Cristo, que es al mismo tiempo el consagrado a la gloria del Padre y el enviado al mundo para la salvación de los hermanos y hermanas³⁶.

La vida religiosa, además, participa en la misión de Cristo con otro elemento particular y propio: la vida fraterna en comunidad para la misión. La vida religiosa será, pues, tanto más apostólica, cuanto más íntima sea la entrega al Señor Jesús, más fraterna la vida comunitaria y más ardiente el compromiso en la misión específica del instituto.

Al servicio de Dios y del hombre

73. La vida consagrada tiene la misión profética de recordar y servir al designio de Dios sobre los hombres, tal como ha sido anunciado por las Escrituras y como se desprende de una atenta lectura de los signos de la acción providencial de Dios en la historia. Es el proyecto de una humanidad salvada y reconciliada (cf. *Col 2, 20-22*). Para realizar adecuadamente este servicio, las personas consagradas han de poseer una profunda experiencia de Dios y tomar conciencia de los retos del propio tiempo, captando su sentido teológico profundo mediante el discernimiento efectuado con la ayuda del Espíritu Santo. En realidad, tras los acontecimientos de la historia se esconde frecuentemente la llamada de Dios a trabajar según sus planes, con una inserción activa y fecunda en los acontecimientos de nuestro tiempo³⁷.

El discernimiento de los signos de los tiempos, como dice el Concilio, ha de hacerse a la luz del Evangelio, de tal modo que se «pueda responder a los perennes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y futura y sobre la relación mutua

³⁶ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 46.

³⁷ Cf. *Prepositio 35, A*.

entre ambas»³⁸. Es necesario, pues, estar abiertos a la voz interior del Espíritu, que invita a acoger en lo más hondo los designios de la Providencia. Él llama a la vida consagrada para que elabore nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy. Son un reclamo divino que sólo las almas habituadas a buscar en todo la voluntad de Dios saben percibir con nitidez y traducir después con valentía en opciones coherentes, tanto con el carisma original, como con las exigencias de la situación histórica concreta.

Ante los numerosos problemas y urgencias que en ocasiones parecen comprometer y avasallar incluso la vida consagrada, los llamados sienten la exigencia de llevar en el corazón y en la oración las muchas necesidades del mundo entero, actuando con audacia en los campos respectivos del propio carisma fundacional. Su entrega deberá ser, obviamente, guiada por el discernimiento sobrenatural, que sabe distinguir entre lo que viene del Espíritu y lo que le es contrario (cf. *Ga* 5, 16-17. 22; *I Jn* 4, 6). Mediante la fidelidad a la Regla y a las Constituciones, conservan la plena comunión con la Iglesia³⁹

De este modo la vida consagrada no se limitará a leer los signos de los tiempos, sino que contribuirá también a elaborar y llevar a cabo nuevos proyectos de evangelización para las situaciones actuales. Todo esto con la certeza, basada en la fe, de que el Espíritu sabe dar las respuestas más apropiadas incluso a las más espinosas cuestiones. Será bueno a este respecto recordar algo que han enseñado siempre los grandes protagonistas del apostolado: hay que confiar en Dios como si todo dependiese de él y, al mismo tiempo, empeñarse con toda generosidad como si todo dependiera de nosotros.

Colaboración eclesial y espiritualidad apostólica

74. Se ha de hacer todo en comunión y en diálogo con las otras instancias eclesiales. Los retos de la misión son de tal envergadura que no pueden ser acometidos eficazmente sin la colaboración, tanto en el discernimiento como en la acción, de todos los

³⁸ Conc. ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 4.

³⁹ *op. cit.*

miembros de la Iglesia. Difícilmente los individuos aislados tienen una respuesta completa: ésta puede surgir normalmente de la confrontación y del diálogo. En particular, la comunión operativa entre los diversos carismas asegurará, además de un enriquecimiento recíproco, una eficacia más incisiva en la misión. La experiencia de estos años confirma sobradamente que «el diálogo es el nuevo nombre de la caridad»⁴⁰, especialmente de la caridad eclesial; el diálogo ayuda a ver los problemas en sus dimensiones reales y permite abordarlos con mayores esperanzas de éxito. La vida consagrada, por el hecho de cultivar el valor de la vida fraterna, representa una privilegiada experiencia de diálogo. Por eso puede contribuir a crear un clima de aceptación recíproca, en el que los diversos sujetos eclesiales, al sentirse valorizados por lo que son, confluyan con mayor convencimiento en la comunión eclesial, encaminada a la gran misión universal.

Los institutos comprometidos en una u otra modalidad de servicio apostólico han de cultivar, en fin, una sólida espiritualidad de la acción, viendo a Dios en todas las cosas, y todas las cosas en Dios. En efecto, «se ha de saber que, como el buen orden de la vida consiste en tender de la vida activa a la contemplativa, también por lo general el alma vuelve útilmente de la vida contemplativa a la activa para realizar con mayor perfección la vida activa, por lo mismo que la vida contemplativa enfervoriza a la activa»⁴¹. Jesús mismo nos ha dado perfecto ejemplo de cómo se pueden unir la comunión con el Padre y una vida intensamente activa. Sin la tensión continua hacia esta unidad, se corre el riesgo de un colapso interior, de desorientación y de desánimo. La íntima unión entre contemplación y acción permitirá, hoy como ayer, acometer las misiones más difíciles.

(...)

II. Un testimonio profético ante los grandes retos

Los grandes retos de la vida consagrada

87. El cometido profético de la vida consagrada surge de tres desafíos principales dirigidos a la Iglesia misma: son desafíos de

⁴⁰ (Pablo VI, Carta enc. *Ecclesiam suam* (6 de agosto de 1964), III: AAS 56 (1964), 639.

⁴¹ *San Agustín, Sermones, II, 11: PL 76, 951-955.*

siempre, que la sociedad contemporánea, al menos en algunas partes del mundo, lanza con formas nuevas y tal vez más radicales. Atañen directamente a los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, y alientan a la Iglesia y especialmente a las personas consagradas a clarificar y dar testimonio de su profundo significado antropológico. En efecto, la elección de estos consejos, lejos de ser un empobrecimiento de los valores auténticamente humanos, se presenta más bien como una transfiguración de los mismos. Los consejos evangélicos no han de ser considerados como una negación de los valores inherentes a la sexualidad, al legítimo deseo de disponer de los bienes materiales y de decidir autónomamente de sí mismo. Estas inclinaciones, en cuanto fundadas en la naturaleza, son buenas en sí mismas. La criatura humana, no obstante, al estar debilitada por el pecado original, corre el peligro de secundarlas de manera desordenada. La profesión de castidad, pobreza y obediencia supone una voz de alerta para no infravalorar las heridas producidas por el pecado original, al mismo tiempo que, aun afirmando el valor de los bienes creados, los relativiza, presentando a Dios como el bien absoluto. Así, aquellos que siguen los consejos evangélicos, al mismo tiempo que buscan la propia santificación, proponen, por así decirlo, una «terapia espiritual» para la humanidad, puesto que rechazan la idolatría de las criaturas y hacen visible de algún modo al Dios viviente. La vida consagrada, especialmente en los momentos de dificultad, es una bendición para la vida humana y para la misma vida eclesial.

El reto de la castidad consagrada

88. La primera provocación proviene de una cultura hedonista, que deslinda la sexualidad de cualquier norma moral objetiva, reduciéndola frecuentemente a mero juego y objeto de consumo, transigiendo, con la complicidad de los medios de comunicación social, con una especie de idolatría del instinto. Sus consecuencias están a la vista de todos: prevaricaciones de todo tipo, a las que siguen innumerables daños psíquicos y morales para los individuos y las familias. La respuesta de la vida consagrada consiste ante todo en la práctica gozosa de la castidad perfecta, como testimonio de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana. La persona consagrada manifiesta que lo que muchos creen imposible es posible y verdaderamente liberador con la gracia del Señor Jesús. Sí, ¡en Cristo es posible amar a Dios con todo el corazón, ponién-

dolo por encima de cualquier otro amor, y amar así con la libertad de Dios a todas las criaturas! Este testimonio es necesario hoy más que nunca, precisamente porque es algo casi incomprensible en nuestro mundo. Es un testimonio que se ofrece a cada persona a los jóvenes, a los novios, a los esposos y a las familias cristianas para manifestar que la fuerza del amor de Dios puede obrar grandes cosas precisamente en las vicisitudes del amor humano, que trata de satisfacer una creciente necesidad de transparencia interior en las relaciones humanas.

Es necesario que la vida consagrada presente al mundo de hoy ejemplos de una castidad vivida por hombres y mujeres que demuestren equilibrio, dominio de sí mismos, iniciativa, madurez psicológica y afectiva⁴². Gracias a este testimonio se ofrece al amor humano un punto de referencia seguro, que la persona consagrada encuentra en la contemplación del amor trinitario, que nos ha sido revelado en Cristo. Precisamente porque está inmersa en este misterio, la persona consagrada se siente capaz de un amor radical y universal, que le da la fuerza del autodomínio y de la disciplina necesarios para no caer en la esclavitud de los sentidos y de los instintos. La castidad consagrada aparece de este modo como una experiencia de alegría y de libertad. Iluminada por la fe en el Señor resucitado y por la esperanza en los nuevos cielos y la nueva tierra (cf. *Ap* 21, 1), ofrece también estímulos valiosos para la educación en la castidad propia de otros estados de vida.

El reto de la pobreza

89. La segunda provocación está hoy representada por un materialismo ávido de poseer, desinteresado de las exigencias y los sufrimientos de los más débiles y carente de cualquier consideración por el mismo equilibrio de los recursos de la naturaleza. La respuesta de la vida consagrada está en la profesión de la pobreza evangélica, vivida de maneras diversas, y frecuentemente acompañada por un compromiso activo en la promoción de la solidaridad y de la caridad.

⁴² Cf. Conc. ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, sobre la adecuada renovación de la

¡Cuántos institutos se dedican a la educación, a la instrucción y formación profesional, preparando a los jóvenes y a los no tan jóvenes para ser protagonistas de su futuro! ¡Cuántas personas consagradas se desgastan sin escatimar esfuerzos en favor de los últimos de la tierra! ¡Cuántas se afanan en formar a los futuros educadores y responsables de la vida social, de tal modo que éstos se comprometan en la supresión de las estructuras opresivas y en la promoción de proyectos de solidaridad en favor de los pobres! Estas personas consagradas luchan para vencer el hambre y sus causas, animando las actividades del voluntariado y de las organizaciones humanitarias, y sensibilizando a los organismos públicos y privados para propiciar así una equitativa distribución de las ayudas internacionales. Mucho deben las naciones a estos emprendedores agentes de la caridad que, con su incansable generosidad, han dado y siguen dando una significativa aportación a la humanización del mundo.

La pobreza evangélica al servicio de los pobres

90. En realidad, antes aún que un servicio a los pobres, la pobreza evangélica es un valor en sí misma, en cuanto evoca la primera de las bienaventuranzas en la imitación de Cristo pobre⁴³. Su primer significado, en efecto, consiste en dar testimonio de Dios como la verdadera riqueza del corazón humano. Pero justamente por esto, la pobreza evangélica contesta enérgicamente la idolatría del dinero, presentándose como voz profética en una sociedad que, en tantas zonas del mundo del bienestar, corre el peligro de perder el sentido de la medida y hasta el significado mismo de las cosas. Por este motivo, hoy más que en otros tiempos, esta voz atrae la atención de aquellos que, conscientes de los limitados recursos de nuestro planeta, propugnan el respeto y la defensa de la naturaleza creada mediante la reducción del consumo, la sobriedad y una obligada moderación de los propios apetitos.

Se pide a las personas consagradas, pues, un nuevo y decidido testimonio evangélico de abnegación y de sobriedad, un estilo de vida fraterna inspirado en criterios de sencillez y de hospitalidad, para que sean así un ejemplo también para todos los que permanecen indiferentes ante las necesidades del prójimo. Este testimonio

acompañará naturalmente el amor preferencial por los pobres, y se manifestará de manera especial en el compartir las condiciones de vida de los más desheredados. No son pocas las comunidades que viven y trabajan entre los pobres y los marginados, compartiendo su condición y participando de sus sufrimientos, problemas y peligros.

Páginas importantes de la historia de la solidaridad evangélica y de la entrega heroica han sido escritas por personas consagradas en estos años de cambios profundos y de grandes injusticias, de esperanzas y desilusiones, de importantes conquistas y de amargas derrotas. Otras páginas no menos significativas han sido y están siendo escritas aún hoy por innumerables personas consagradas que viven plenamente su vida «oculta con Cristo en Dios» (Col 3, 3) para la salvación del mundo, bajo el signo de la gratuidad, de la entrega de la propia vida a causas poco reconocidas y aún menos vitoreadas. A través de estas formas, diversas y complementarias, la vida consagrada participa de la extrema pobreza abrazada por el Señor, y desempeña su papel específico en el misterio salvífico de su encarnación y de su muerte redentora⁴⁴.

El reto de la libertad en la obediencia

91. La tercera provocación proviene de aquellas concepciones de libertad que, en esta fundamental prerrogativa humana, prescinden de su relación constitutiva con la verdad y con la norma moral⁴⁵. En realidad, la cultura de la libertad es un auténtico valor, íntimamente unido con el respeto de la persona humana. Pero, ¿cómo no ver las terribles consecuencias de injusticia e incluso de violencia a las que conduce, en la vida de las personas y de los pueblos, el uso deformado de la libertad?

Una respuesta eficaz a esta situación es la obediencia que caracteriza la vida consagrada. Ésta hace presente de modo particularmente vivo la obediencia de Cristo al Padre y, precisamente basándose en este misterio, testimonia que no hay contradicción entre obediencia y libertad. En efecto, la actitud del Hijo desvela el

⁴⁴ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Decr. *Perfectae caritatis*, sobre la adecuada renovación de la vida religiosa, 13.

⁴⁵ Cf. Carta enc. *Veritatis splendor* (6 de agosto de 1993), 31-35; AAS 85 (1993), 1158-1162.

misterio de la libertad humana como camino de obediencia a la voluntad del Padre, y el misterio de la obediencia como camino para lograr progresivamente la verdadera libertad. Esto es lo que quiere expresar la persona consagrada de manera específica con este voto, con el cual pretende atestiguar la conciencia de una relación de filiación, que desea asumir la voluntad paterna como alimento cotidiano (cf. *Jn* 4, 34), como su roca, su alegría, su escudo y baluarte (cf. *Sal* 18/17, 3). Demuestra así que crece en la plena verdad de sí misma, permaneciendo unida a la fuente de su existencia y ofreciendo el mensaje consolador: «Mucha es la paz de los que aman tu ley, no hay tropiezo para ellos» (*Sal* 119/118, 165).

(...)

III. Algunos areópagos de la misión

Presencia en el mundo de la educación

96. La Iglesia ha sido siempre consciente de que la educación es un elemento esencial de su misión. Su maestro interior es el Espíritu Santo, que penetra en las profundidades más recónditas del corazón de cada hombre y conoce el secreto dinamismo de la historia. Toda la Iglesia está animada por el Espíritu y con él lleva a cabo su acción educativa. Dentro de la Iglesia, no obstante, a las personas consagradas les corresponde una tarea específica en este campo, pues están llamadas a introducir en el horizonte educativo el testimonio radical de los bienes del Reino, propuestos a todo hombre en espera del encuentro definitivo con el Señor de la historia. Por su especial consagración, por la peculiar experiencia de los dones del Espíritu, por la escucha asidua de la Palabra y el ejercicio del discernimiento, por el rico patrimonio de tradiciones educativas acumuladas a través del tiempo por el propio instituto, por el profundo conocimiento de la verdad espiritual (cf. *Ef* 1, 17), las personas consagradas están en condiciones de llevar a cabo una acción educativa particularmente eficaz, contribuyendo específicamente a las iniciativas de los demás educadores y educadoras.

Las personas consagradas, con este carisma, pueden dar vida a ambientes educativos impregnados del espíritu evangélico de libertad y de caridad, en los que se ayude a los jóvenes a crecer en

humanidad bajo la guía del Espíritu⁴⁶. De este modo la comunidad educativa se convierte en experiencia de comunión y lugar de gracia, en la que el proyecto pedagógico contribuye a unir en una síntesis armónica lo divino y lo humano, Evangelio y cultura, fe y vida.

En la historia de la Iglesia, desde la antigüedad hasta nuestros días, abundan ejemplos admirables de personas consagradas que han vivido y viven la aspiración a la santidad mediante la labor pedagógica y que, a su vez, proponen la santidad como meta educativa. De hecho, muchas de ellas han alcanzado la perfección de la caridad educando. Éste es uno de los dones más preciados que las personas consagradas pueden ofrecer hoy también a la juventud, brindándole un servicio pedagógico rico de amor, según la sabia advertencia de san Juan Bosco: «Los jóvenes no han de ser únicamente amados, sino que han de saber que son amados»⁴⁷.

Necesidad de un renovado compromiso en el campo educativo

97. Con un delicado respeto, pero con arrojo misionero, los consagrados y consagradas pongan de manifiesto que la fe en Jesucristo ilumina todo el campo de la educación sin prejuicios sobre los valores humanos, sino más bien confirmándolos y elevándolos. De este modo se convierten en testigos e instrumentos del poder de la Encarnación y de la fuerza del Espíritu. Esta tarea es una de las expresiones más significativas de la Iglesia que, a imagen de María, ejerce su maternidad para con todos sus hijos⁴⁸.

Es este el motivo que ha llevado al Sínodo a exhortar insistentemente a las personas consagradas a que asuman con renovada entrega la misión educativa, allí donde sea posible, con escuelas de todo tipo y nivel, con universidades e institutos superiores⁴⁹. Haciendo mía la indicación sinodal, invito a todos los miembros de los institutos que se dedican a la educación a que sean fieles a su carisma originario y a sus tradiciones, conscientes de que el amor preferencial por los pobres tiene una singular aplicación en la

⁴⁶ Cf. Conc. ecum. Vat. II, Decl. *Gravissimum educationis*, sobre la educación cristiana, 8.

⁴⁷ *Scritti pedagogici e spirituali*, Roma 1987, 294.

⁴⁸ Const. ap. *Sapientia christiana* (15 de abril de 1979), II: AAS 71 (1979), 471.

⁴⁹ Cf. *Propositio* 41.

elección de los medios adecuados para liberar a los hombres de esa grave miseria que es la falta de formación cultural y religiosa.

Dada la importancia que revisten las universidades y facultades católicas y eclesiásticas en el campo de la educación y de la evangelización, los institutos que las dirigen han de ser muy conscientes de su responsabilidad, haciendo que en ellas, a la vez que se dialoga activamente con la cultura actual, se conserve la índole católica que les es peculiar, en plena fidelidad al Magisterio de la Iglesia. Los miembros de estos institutos y sociedades, además, y según las circunstancias de cada lugar, han de estar preparados y dispuestos para entrar en las estructuras educativas estatales. A este tipo de presencia están especialmente llamados, por su vocación específica, los miembros de los institutos seculares.

Evangelizar la cultura

98. Los institutos de vida consagrada han tenido siempre un gran influjo en la formación y en la transmisión de la cultura. Así ocurrió en la Edad Media, cuando los monasterios eran el lugar en que se conservaba la riqueza cultural del pasado y en los que se construía una nueva cultura humanista y cristiana. Esto se ha verificado también siempre que la luz del Evangelio ha llegado a nuevos pueblos. Son muchas las personas consagradas que han promovido la cultura, investigando y defendiendo frecuentemente las culturas autóctonas. La Iglesia es hoy muy consciente de la necesidad de contribuir a la promoción de la cultura y al diálogo entre cultura y fe⁵⁰.

Los consagrados han de sentirse interpelados ante esta urgencia. Están llamados también a encontrar, en el anuncio de la palabra de Dios, los métodos más apropiados a las exigencias de los diversos grupos humanos y de los múltiples ámbitos profesionales, a fin de que la luz de Cristo alcance a todos los sectores de la existencia humana, y el fermento de la salvación transforme desde dentro la vida social, favoreciendo una cultura impregnada de los valores evangélicos⁵¹. En los umbrales del tercer milenio cristiano, la vida consagrada podrá también con este cometido renovar su respuesta a

⁵⁰ Const. ap. *Sapientia christiana* (15 de abril de 1979), II: AAS 71 (1979), 470.

⁵¹ Cf. *Requisita*, 26.

los deseos de Dios, que viene al encuentro de todos aquellos que, consciente o inconscientemente, caminan como a tientas en busca de la Verdad y de la Vida (cf. *Hch* 17, 27).

Pero más allá del servicio prestado a los otros, la vida consagrada necesita también en su interior un renovado amor por el empeño cultural, una dedicación al estudio como medio para la formación integral y como camino ascético, extraordinariamente actual, ante la diversidad de las culturas. Una disminución de la preocupación por el estudio puede tener graves consecuencias también en el apostolado, generando un sentido de marginación y de inferioridad, o favoreciendo la superficialidad y ligereza en las iniciativas.

En la diversidad de los carismas y de las posibilidades reales de cada instituto, la dedicación al estudio no puede reducirse a la formación inicial o a la consecución de títulos académicos y de competencias profesionales. El estudio es más bien manifestación del insaciable deseo de conocer siempre más profundamente a Dios, abismo de luz y fuente de toda verdad humana. Por este motivo no es algo que aísla a la persona consagrada en un intelectualismo abstracto, ni la aprisiona en las redes de un narcisismo sofocante; por el contrario, fomenta el diálogo y la participación, educa la capacidad de juicio, alienta la contemplación y la plegaria en la búsqueda de Dios y de su actuación en la compleja realidad del mundo contemporáneo.

La persona consagrada, dejándose transformar por el Espíritu, se capacita para ampliar el horizonte de los angostos deseos humanos y para captar, al mismo tiempo, los aspectos más hondos de cada individuo y de su historia, que van más allá de las apariencias más vistosas quizás, pero frecuentemente marginales. Los retos que emergen hoy de las diversas culturas son innumerables. Retos provenientes de los campos en los que tradicionalmente ha estado presente la vida consagrada o de los nuevos ámbitos. Con todos ellos es urgente mantener fecundas relaciones, con una actitud de vigilante sentido crítico, pero también de atención confiada hacia quien se enfrenta a las dificultades típicas del trabajo intelectual, especialmente cuando, ante la presencia de los problemas inéditos de nuestro tiempo, es preciso intentar nuevos análisis y nuevas

síntesis⁵². No se puede realizar una seria y válida evangelización de los nuevos ámbitos en los que se elabora y se transmite la cultura sin una colaboración activa con los laicos presentes en ellos.

Presencia en el mundo de las comunicaciones sociales

99. De igual manera que en el pasado las personas consagradas han sabido servir a la evangelización con todos los medios, afrontando con genialidad los obstáculos, también hoy están llamadas nuevamente por la exigencia de testimoniar el Evangelio a través de los medios de comunicación social. Estos medios han adquirido una capacidad de difusión cósmica mediante poderosas tecnologías capaces de llegar hasta el último rincón de la tierra. Las personas consagradas, especialmente cuando por su carisma institucional trabajan en este campo, han de adquirir un serio conocimiento del lenguaje propio de estos medios, para hablar de Cristo de manera eficaz al hombre actual, interpretando sus gozos y esperanzas, sus tristezas y angustias⁵³, y contribuir de este modo a la construcción de una sociedad en la que todos se sientan hermanos y hermanas en camino hacia Dios.

No obstante, dado su extraordinario poder de persuasión, es preciso estar alerta ante el uso inadecuado de tales medios, sin ignorar los problemas que se pueden derivar para la vida consagrada misma, que ha de afrontarlos con el debido discernimiento⁵⁴. Sobre este punto, la respuesta de la Iglesia es ante todo educativa: tiende a promover una actitud de correcta comprensión de los mecanismos subyacentes y de atenta valoración ética de los programas, y la adopción de sanas costumbres en su uso⁵⁵. En esta tarea educativa, orientada a formar receptores entendidos y comunicadores expertos, las personas consagradas están llamadas a dar su particular

⁵² Cf. Conc. ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 5.

⁵³ *Ib.*, 1.

⁵⁴ Cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Instr. *La vida fraterna en comunidad* «Congregavit nos in unum Christi amor» (2 de febrero de 1994), 34: Ciudad del Vaticano 1994, 32.

⁵⁵ Cf. Mensaje para la XXVIII jornada de las comunicaciones sociales (24 de enero de 1994): *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, 28 de enero de 1994,

testimonio sobre la relatividad de todas las realidades visibles, ayudando a los hermanos a valorarlas según el designio de Dios, pero también a liberarse de la influencia obsesiva de la escena de este mundo que pasa (cf. *1 Co* 7, 31).

Todos los esfuerzos en este nuevo e importante campo apostólico han de ser alentados, con el fin de que el Evangelio de Cristo se transmita también a través de estos medios modernos. Los diversos institutos han de estar disponibles para cooperar en la realización de proyectos comunes en los varios sectores de la comunicación social, aportando fuerzas, medios y personas. Que las personas consagradas, además, y especialmente los miembros de los institutos seculares, presten de buen grado sus servicios, según las oportunidades pastorales, en la formación religiosa de los responsables de la comunicación social pública o privada, para que se eviten, de una parte, los daños provocados por un uso adulterado de los medios y, de otra, se promueva una mejor calidad de las transmisiones, con mensajes respetuosos de la ley moral y ricos en valores humanos y cristianos.

(...)

Conclusión

Mirando al futuro

110. ¡Vosotros no solamente tenéis una historia gloriosa que recordar y contar, sino una gran historia que construir! Poned los ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu os impulsa para seguir haciendo con vosotros grandes cosas.

Haced de vuestra vida una ferviente espera de Cristo, yendo a su encuentro como las vírgenes prudentes van al encuentro del Esposo. Estad siempre preparados, sed siempre fieles a Cristo, a la Iglesia, a vuestro instituto y al hombre de nuestro tiempo⁵⁶. De este modo Cristo os renovará día a día, para construir con su Espíritu comunidades fraternas, para lavar con él los pies a los pobres y para dar vuestra aportación insustituible a la transformación del mundo.

⁵⁶ Cf. Congregación para los religiosos y los institutos seculares, Doc. *Religiosos y*

Que este nuestro mundo confiado a la mano del hombre, y que está entrando en el nuevo milenio, sea cada vez más humano y justo, signo y anticipación del mundo futuro, en el cual él, el Señor humilde y glorificado, pobre y exaltado, será el gozo pleno y perdurable para nosotros y para nuestros hermanos y hermanas, junto con el Padre y el Espíritu Santo.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, del año 1996, decimotercero de mi pontificado.

JOANNES PAULUS PP. II